

los sueños colectivos: (comunicación, familia, sociedad y estado¹)

ANTONIO DELHUMEAU A.

I. Planteamiento

El lenguaje verbal surge históricamente a raíz del esfuerzo por constituir un código que establezca para todos los miembros de una comunidad normas claras de referencia que orienten su participación comunitaria. Este proceso implica la relación íntima entre dos procesos importantes, desde una óptica social:

a) Supone la existencia previa al lenguaje verbal, de símbolos de tal manera claros e indicativos que permitieron conducir una vida comunitaria con reglas que establecían las posiciones, las funciones y las modificaciones en los hábitos accesibles a los comunitarios. En este sentido la denominación a través de palabras es un intento de re-traducir la simbología pre-verbal.

b) No es posible separar la noción de participación comunal o social del proceso de comunicación. Sólo el desarrollo de la capacidad para poner en común experiencias (comunicar) permite establecer las normas para coordinar la participación dentro de un grupo particular.

Y estas dinámicas —la que establece una dualidad del lenguaje y aquella que integra en un solo proceso

a la participación social y la comunicación humana—, serán las vertientes investigadas por este ensayo.

El panorama histórico para el análisis de la comunicación ha cambiado. No se trata ya de comprender el paso de la señal corporal como signo a las primeras voces guturales que articulan un significado. La comunicación como problema ha surgido precisamente con la rápida y progresiva destrucción de la comunidad, primero con el surgimiento del Estado-nación; después, con el desarrollo de la sociedad de masas. La sola comunidad que quizá muestra la consistencia de su función histórica en el acto de persistir, es la familia.²

Estas tres instancias —familia, sociedad, Estado— no sólo existen en el tiempo, sino que se comunican entre sí al grado de condicionarse mutuamente; condicionamiento dentro del cual el proceso de comunicación alcanza su más estratégico aporte a la comprensión del fenómeno humano.

El hombre urbano, especializado, de la sociedad industrial, se asemeja a sus antepasados primitivos en que sólo incorpora una imagen clara de sí mismo y de las normas grupales de acuerdo con las que ha de parti-

¹ Algunas de las ideas expuestas en este ensayo encuentran un antecedente en el trabajo del autor acerca del *proceso de la comunicación social y el problema social del conocimiento*. (Tesis profesional.) Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM., 1970.

² "Todo induce a pensar que la familia es la más antigua de las instituciones sociales humanas, una institución que sobrevivirá, en una forma u otra, mientras exista nuestra especie." Linton, Ralph. "La Historia Natural de la Familia", Introducción a *La Familia* de Fromm, Horkheimer, Parsons y otros, Barcelona, Ediciones Península, 1970, p. 5.

cipar socialmente, en el seno de una pequeña comunidad. Para la casi totalidad de los seres humanos, la familia constituye el referente inmediato que les permite aprender lo que significa experiencia social y diferenciación individual. Este modelo de participar socialmente como individuo se incorpora a través de la comunicación intrafamiliar y este proceso de comunicar se asimila de acuerdo con las reglas de la participación que imperan en cada familia. Participación que se vuelve inteligible si es contemplada como la expresión de los valores culturales incorporados por la familia en su conjunto y por cada miembro en lo individual, como constitutivos de su conciencia social. En esta medida, la familia es la comunidad que asume la responsabilidad de traducir en términos accesibles para el individuo el sentido de las constantes históricas y de los cambios culturales de su sociedad.³

II. *El lenguaje de la familia, la clase y el Estado*

El individuo humano necesita observar con detalle la acción persistente de los miembros de su comunidad para asimilar lo que se espera de él, es decir para comprender qué implica su pertenencia a la especie y a cada sub-grupo como semejante. En las heterogéneas sociedades masivas no se podría establecer esta imagen de sí mismo con claridad y estabilidad suficientes para conformar una identidad con sólo contemplar “la diversidad humana”. La permanente reconsideración de rasgos y exigencias que implicaría el tratar de aparecer como semejante al cúmulo de personalidades divergentes dentro de la sociedad, conducirían al estancamiento y a la confusión indiferenciada, dentro de un mundo que no se hace inteligible.

Sólo en el reducido, delimitado y estable —al menos en comparación con la sociedad global— universo de la familia, el ser humano aprende en la niñez lo que se espera de él como hombre o como mujer.⁴

Al observar las reacciones específicas de una mujer y de un hombre ante las diversas situaciones que paulatinamente van diferenciándose ante él, un niño incorpora los significados de su participación en la vida social. Dentro del contexto familiar identifica los valo-

res y rasgos de una mujer y de un hombre como la ética y la característica de su sociedad y de su tiempo. Con ellos y frente a ellos define un proyecto de existencia y de activa participación.

Si bien la familia presenta, en rasgos reiterativos e identificables, patrones que pueden ser asimilados o impugnados con claridad por un niño —como un área diferenciada de la compleja y difusa sociedad extensa— los propios patrones familiares se definen por su inmersión en la sociedad global. La posición que tienen los padres dentro de la clase social a la cual pertenecen, la conciencia que han adquirido del papel de esta clase dentro de la estructura social en su conjunto, el manejo que hacen de las normas establecidas por el Estado, están presentes en la orientación y organización de la actividad familiar.

El Estado es más o menos fuerte dentro de la estructura social y tiende a favorecer a las clases sociales dominantes con mayor o menor discriminación y explotación respecto a las otras. Las clases sociales populares pueden encontrarse desmembradas y sumisas respecto al poder de las clases dominantes y del Estado que contemplan bajo los visos de una omnipotencia mágica, o bien se encuentran unidas y organizadas bajo el imperativo de la defensa de intereses comunes. Y esta estructura de competencia, rivalidad, lucha y cooperatividad tendrá una traducción a valores familiares que serán observados por un niño como normas frente a las cuales habrá de tomar —de manera ineludible— una posición, ya sea sumisa o rebelde, incorporativa o reactiva, clara y estable o ambivalente y ambigua.

Así como en una época primitiva la comunicación humana se basaba en símbolos corporales primero y guturales después, el niño se incorpora a la sociedad global a través de los signos representados por el movimiento, el calor y la cercanía o la ausencia corporales de la madre inicialmente y del padre y los hermanos con posterioridad.

Cuando comienza el lento proceso de identificación de objetos a través de palabras, éstas se incorporan a los significados emocionales arcaicos en el niño, que le han permitido ya distinguir la presencia de figuras y afectos vitales. Esto implica que desde los primeros meses de vida el ser humano jerarquiza la importancia del movimiento, del sonido, del control del afecto o de su manifestación explosiva, de la presencia absorbente, estrictamente protectora y amorosa o fría y distante de la madre, todo a través de un lenguaje pre-verbal; por medio de un conjunto de símbolos que integran en

³ Cfr. Sartre, Jean Paul. *Critique de la raison dialectique*, Librairie Gallimard, Paris, 1960, pp. 46-49.

⁴ En la medida en que las generalidades y distinciones sociales de este ensayo se constriñen al ámbito reconocido como “cultura occidental” el modelo familiar al que haremos referencia es el de la monogamia.

una sola unidad a una imagen exterior específica con una emoción interna concreta.

A partir de este momento, dependiendo de las características culturales de la sociedad global, de la clase social y de la organización familiar, a las cuales pertenece, cada individuo utiliza el lenguaje verbal como una herramienta para traducir sus vivencias emocionales o para oponerse a ellas. Esto quiere decir que un niño puede verse comprometido en el esfuerzo de hacer coincidir las palabras que utiliza con los impulsos y reacciones que siente respecto a su entorno, o bien para adaptarse a su ambiente necesita utilizar las palabras para ocultar, disimular, aislar o rechazar esos afectos y esas respuestas. Incluso los silencios y la participación verbal activa son administrados de acuerdo con el papel básico que el niño ha de desempeñar dentro de la familia en su conjunto.

La rivalidad entre los padres por el ejercicio de la autoridad familiar, o bien la relación de autoritarismo-sumisión entre ellos, junto con su actitud de respeto, rechazo o indiferencia frente a las necesidades emotivas e intelectuales planteadas por cada etapa del crecimiento de sus hijos, le plantea al niño alternativas concretas —más o menos cerradas— de participación en su comunidad familiar.

La laxitud o la disciplina con la que se le pide organice sus juegos, primero, y su trabajo escolar, después, son símbolos identificables con el trabajo como valor y con su responsabilidad ante sí mismo y respecto a los otros como miembro activo y receptivo de la vida social.

Los procesos de cambio social (cultural, político, tecnológico, etcétera) que modifican la estructura de la sociedad y de la clase a la cual pertenece la familia, son incorporados al proceso de comunicación con los hijos. Una madre que haya sido educada para ser fiel y sumisa compañera de un hombre, sin mayor responsabilidad directa en la vida societaria, no necesariamente recrea estos valores en los símbolos que la integran con una hija; si su sociedad y su clase solicitan de la mujer un nuevo tipo de participación y de responsabilidad, suele esforzarse por intensificar en esa niña el espíritu de empresa y la conciencia de sus compromisos con los demás.⁵ En este ejemplo la niña será escuchada, atendida y solicitada para influir dentro de la comunidad familiar, a diferencia de la época en que su madre fue inhi-

⁵ Cfr. a este respecto las evidencias clínicas que presenta Erikson, Erik, en *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 2ª Ed., 1966, pp. 19-40.

bida una y otra vez en sus impulsos de participación. El resultado de este proceso es una actitud híbrida en la que habrán de coexistir —con mayor o menor conflicto interno— la identificación con las actitudes sumisopasivas de la madre con la respuesta activa a las expectativas de responsabilización social.

Si la clase social a la cual pertenece la familia reconoce como prototipo de prestigio y logro sociales a los miembros de otra clase, esta situación socio-histórica será incorporada por el niño en la identificación de la reverencia leve y sutil y del tono de voz bajo y entrecortado que sus padres utilizan para dirigirse a un miembro de esa clase. Si en la vinculación de una clase social hacia otra más alta o más baja prevalece la hostilidad y el desprecio, los símbolos pre-verbales serán suficientes —y casi siempre los primeros— para que un niño se incorpore al esfuerzo de afirmar esta identidad grupal, primer paso en la definición de su conciencia de clase.

Las normas que suelen imperar dentro de la familia situada en una clase social, encuentran una relación dialéctica con las pautas prevalecientes dentro del Estado. Si la relación de los padres con la autoridad estatal consiste en un acatamiento disciplinado que se basa en la legitimidad reconocida a los gobernantes, las normas que se buscará hacer prevalecer dentro de la familia tenderán también a ser de respeto disciplinado y legítimo hacia los padres como autoridad.

Cuando se insiste en que un individuo habrá de comportarse frente a la autoridad política de acuerdo con la actitud aprendida en relación con la autoridad familiar,⁶ se olvida que los padres preparan activamente a sus hijos para participar dentro de las normas establecidas por el Estado; en esta medida los cambios y constantes en el juego político de una sociedad y las estrategias del Estado hacia cada clase social, ejercen a su vez una influencia decisiva en la política familiar.

El relato verbal de los padres acerca de la forma en la que obedecieron o burlaron una norma jurídica o política del Estado organiza la experiencia ya adquirida en ese mismo sentido por el niño cuando aprendió a obedecer o a burlar las normas paternas desde sus primeros meses de vida. Con esto se quiere implicar que cuando no existe una convicción de respeto hacia las normas de una autoridad, tampoco se propicia o se

⁶ Véase por ejemplo a Kardiner, Abraham, *El individuo y su sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 1968, pp. 432-442.

espera ese acatamiento o reconocimiento por parte de aquellos sobre los cuales se ejerce autoridad.

El Estado refuerza o rectifica sus normas y estrategias básicas en función de las alianzas, divisiones, conflictos y apoyos que le plantea la estructura de clases sociales dentro de la cual actúa. Y en el seno de estas clases sociales la familia educa a los nuevos miembros de la comunidad, de acuerdo con las tradiciones y las tendencias al cambio observables en el horizonte de valores de la propia clase y de aquella que se observa como prototipo, como meta por alcanzar. Es por esto que dentro de las familias de la clase dominante que no logran comunicar con estabilidad y legitimidad tradiciones que han de ser recreadas en la siguiente generación, y en la medida en que no encuentran prototipos sociales más elevados, es frecuente la impugnación de las normas como pauta básica de participación social.

III. Cambio social real y fantasías colectivas

Cuando los hallazgos tecnológicos se difundieron incrementando la productividad y promoviendo la búsqueda de mercados, se pasó de la noción de comunidad a la de sociedad. El contacto entre capas sociales y regiones culturales diversas puso en duda la certeza de cada comunidad respecto a su propio horizonte de valores.⁷ En este sentido puede afirmarse que sobrevino el cambio social como fenómeno histórico, esto es que se derivaron transformaciones culturales importantes de una movilización social que había sido conducida por razones de otra índole, económica y técnica.

En la medida en que se ha incorporado al horizonte cultural consciente de los grupos profesionales y expertos que conducen a las sociedades urbanas, el orgullo inherente al control técnico sobre la naturaleza y la planeación de la sociedad, el cambio social se ha integrado como valor propositivo, meta deseable y signo de la identidad del "hombre culto y civilizado".

Los cambios sociales de creciente intensidad favorecen por una parte el establecimiento de controles políticos e incluso militares de orden autoritario y centralista tendientes a integrar a las sociedades pobres al modelo de desarrollo prestigiado y reconocido como legítimo por la época; estos controles autoritarios pueden ser oligárquicos o populistas ya sea que los beneficios

se concentren en una élite o se distribuyan de manera más amplia dentro de la sociedad global. Sin embargo por otro lado para poder promover esos cambios, la sociedad tiene que educar a sus nuevos miembros de acuerdo con normas laxas y flexibles que favorezcan su maleable adaptabilidad a las transformaciones socio-culturales. El resultado final consiste en una actitud disciplinada sobre una base flexible, una sumisión frente al Estado, que se negocia a cambio de mejoras sociales —económicas y culturales— concretas y a corto plazo.

Las clases sociales que no esperan participar de manera rápida e inmediata en la movilidad dentro del desarrollo, enfatizan en su comunicación educativa los símbolos tradicionales de fe mágica en la comunidad, la religión o incluso en arcaicas supersticiones:

La prefiguración de la vida por la ciencia, que es exportada desde las sociedades avanzadas, e importada a través de los efectos de demostración tecnológicos y culturales desde las sociedades en mayor o menor impulso de crecimiento, ha influido en esa transacción entre el autoritarismo político y la flexibilidad socio-cultural en muchos países del Tercer Mundo. El imperativo consciente de lograr un desarrollo productivo que favorezca crecientes niveles de consumo, identificados en nuestra época con prestigio y bienestar, coadyuva a fortalecer la disposición en las clases medias y con frecuencia en las aristocracias obreras y agricultoras, de apoyar el centralismo estatal. Centralismo que se identifica mecánicamente con capacidad de planeación y racionalización de recursos como condiciones del desarrollo en su versión contemporánea.

Cuando las familias de una clase social tienen como común denominador, en la comunicación hacia las nuevas generaciones, un conjunto de metas que señalan como prototipo a seguir a las clases dominantes y los hijos al crecer se encuentran sin canales de incorporación práctica al tipo de vida representado por esos modelos, se conforma un clima social de frustración y se favorece la cohesión de una conciencia de clase revolucionaria. Y cuando coinciden estas condiciones en una clase popular y en vastas capas de las clases medias, entonces se establecen las bases para la identificación líderes-masa tal y como se han conducido a través de los cambios revolucionarios en los siglos XIX y XX.

Dentro de las sociedades industriales y en las áreas urbanizadas de las sociedades en desarrollo, tiende a prevalecer en la época actual un continuo en el que las clases dominantes se idealizan a sí mismas o con-

⁷ Cfr. Mannheim, Karl. *Ideología y utopía*, Madrid, Ed. Aguilar, 1958.

templan como prototipos a las clases privilegiadas de países más ricos y fuertes: las clases medias se identifican con los modelos representados por las clases dominantes nacionales y extranjeras y las clases populares se esfuerzan por recrear las condiciones y pautas de vida social de las clases medias contempladas como prototipos en sus diversas versiones dentro de una sociedad.⁸ Este proceso de comunicación-en-la-identificación es un factor decisivo de la estabilidad social y política en la época histórica que ha hecho del desarrollo económico una filosofía y una moral.

Los impulsos de los hombres como seres totales no se agotan sin embargo en ese esfuerzo por alcanzar crecientes niveles de consumo a través del trabajo especializado y la producción controlada racionalmente. Y lo que es aún más importante, esos modos específicos de organización racionalizada, “en migajas”, del trabajo, la política y la economía en su conjunto, mantienen una vinculación estrecha con el resto de los impulsos humanos.

En las sociedades estructuradas sobre bases tecnológicas —los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Japón— los individuos son educados desde la familia de acuerdo con cánones de control de los afectos, de disciplina sometida a una voluntad interna central y departamentalizada por medio de procedimientos obsesivos y compulsivos, de ausencias y presencias de la madre y del padre racionadas y de una programación psicopedagógica intelectualizada y ascéptica. Estos procesos se dan sin embargo sólo a un nivel consciente y favorecen una represión en el inconsciente —también compulsiva— de impulsos emocionales y afectivos que no se han contemplado en sus posibilidades de integración a la vida racional y que en consecuencia han de expresarse en sus más arcaicas y primitivas formas de irracionalismo. Esta represión obsesiva y disciplinada de los afectos encuentra ligas indudables con los procesos tecnológicos y ascéticos de violencia racionalizada, de irracional destrucción de lo humano, sin siquiera asumir esta identificación entre humanos en el acto de matar. Esta fenomenología la ha contemplado con lucidez en el caso de las depredaciones norteamericanas en Vietnam, Noam Chomsky.⁹

⁸ Cfr. el trabajo relativo a las clases medias en México que en este sentido presentan Delhumeau A., Antonio y González Pineda, Francisco. “Las clases medias: Prototipos nacionales”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núm. 65, 1971, pp. 81-91.

⁹ Chomsky, Noam. *La responsabilidad de los intelectuales*, Barcelona, Ed. Ariel, 1969.

Pero esta dislocación entre los impulsos emocionales y los controles intelectualizados, no se observa solamente en los casos extremos de dramática irracionalidad que hemos señalado, sino también en la participación social cotidiana, en los procesos observables a través de los símbolos de la comunicación dentro de la colectividad.

Paul Ricoeur escribe:

En realidad hay que remontarse más atrás para captar la articulación de la teoría de la cultura con la del sueño y de la neurosis; es en *La interpretación de los sueños* de 1900 donde se esboza la aproximación con la mitología y la literatura. Que el sueño es la mitología privada del durmiente y el mito el sueño despierto de los pueblos, que al Edipo de Sófocles y al Hamlet de Shakespeare corresponde la misma interpretación que al sueño, he aquí lo que proponía *La interpretación de los sueños* desde 1900. Ese será nuestro problema.

Sea cual fuere esta dificultad no es únicamente por su interpretación de la cultura por lo que el psicoanálisis se inscribe en el gran debate contemporáneo sobre el lenguaje. Haciendo del sueño no sólo el primer objeto de su investigación sino un modelo —en el sentido que discutiremos más adelante— de todas las expresiones disfrazadas, sustituidas, ficticias del deseo humano, Freud invita a buscar en el sueño mismo la articulación del deseo y del lenguaje; y esto de múltiples maneras; primero, no es el sueño soñado lo que puede ser interpretado, sino el texto del relato del sueño; es a este texto al que el análisis quiere sustituir por otro texto que sería como la palabra primitiva del deseo.¹⁰

Tomaremos pues como punto de partida para el análisis de los símbolos colectivos, el hecho de que constituyen sueños despiertos, ensoñaciones que nos presentan el texto de las fantasías que responden a deseos, a necesidades e impulsos más o menos insatisfechos dentro de la realidad social cotidiana. La aportación de Freud, señalada por Ricoeur en este mismo sentido, consistió en la elaboración de un código preciso para la interpretación de los símbolos inconscientes presentados a través del lenguaje onírico en el sueño individual y en el mito literario colectivo. Incluso el método de las asociaciones libres aplicado a la técnica terapéutica del psicoanálisis intenta recrear el lenguaje y la codificación en símbolos propios del inconsciente.

¹⁰ Véase: *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI Edits., 1970, p. 9.

Si tomamos en cuenta al mismo tiempo tres fenómenos que hemos ya apuntado, quizá estaremos en posibilidad de comprender el proceso de comunicación más representativo de las sociedades urbanas contemporáneas, el que se conduce a través de los medios colectivos, fundamentalmente el cine y la televisión:

a) El lenguaje verbal se emplaza en apoyo y en contra de los símbolos afectivos e intelectuales de carácter pre-verbal.

b) El control racionalizado propio de las áreas tecnológicas y en desarrollo expansivo de la sociedad reprime en el inconsciente fuerzas e impulsos que se mantienen vivos y actuantes, bajo la denominación cultural de irracionales, lo cual promueve su manifestación en este mismo sentido.

c) Los deseos reprimidos buscan una satisfacción así sea ficticia y desplazada en las fantasías colectivas, que conforman los contenidos más frecuentes, cifrados en el lenguaje de las ensoñaciones públicas dentro de la llamada cultura de masas.

El lenguaje de imágenes peculiar del cine y la televisión, recrea para el individuo ese aprendizaje original, básico y primario a través del cual ensayó dentro de la familia el papel que le tocaba jugar en su participación comunitaria. Y esas imágenes constituyen precisamente el vehículo más propicio para la participación soterrada, indirecta y muchas veces inconsciente en el mundo secreto, casi prohibido de los impulsos emocionales y las necesidades afectivas. Si la sociedad norteamericana ha establecido normas obsesivas para controlar la vida familiar, la educación, el trabajo, la diversión y las reuniones de intercambio de clisés en grupo; si ha querido racionalizar la producción y la destructividad; la comedia musical reivindica la imaginación y la ternura, el arrebatado amoroso y la explosiva manifestación pública de la emoción personal; es decir que traduce a imágenes de situaciones concretas los antivalores de la organización social. Si la guerra colonialista tecnificada le ha quitado todo significado a luchar y morir, el sueño bucólico, libertario, nostálgico y facista, todo a la vez, del western, reivindica los propósitos de conquista a partir del arrojo, el temple, la valentía y la capacidad de arriesgar la propia vida en defensa de intereses comunes: sueños que recrean el paraíso perdido de la civilización norteamericana, la añoranza del orgullo inherente a la expansión de su fantástico poderío, artificialidad que se muestra en su rápida decadencia.

En la obscuridad de una sala cinematográfica, el espectador establece pactos ocultos y complicidades incon-

fesables, aun a su propia conciencia, en las impulsivas acciones de amor y de odio que conducen a la posesión inmediata de la mujer o del hombre deseados y a la muerte instantánea del enemigo aborrecible. El televidente por su parte observa con una actitud casi indiferenciada el programa que le relata hechos concretos con frecuencia dramáticos y la dramatización de las fantasías a través de las cuales busca evadirse de la insatisfacción que le provoca su carácter de ente anónimo, dentro de una familia tipo de la clase estándar, dentro de una sociedad de valores homogéneos.

Las fantasías colectivas a través de sus impactos visuales, pre-verbales, no siempre favorecen, sin embargo, la evasión de la satisfacción imaginaria. Crecientes grupos humanos se esfuerzan por asumir una conciencia más precisa de la realidad en torno; en franca pugna con la visión mágica que intenta resolver en la fantasía lo que se mantiene problematizado y en conflicto dentro de la realidad. También existen ensoñaciones cuyo objetivo es confrontar con la realidad en sus formas extremas de irracionalismo y destructividad. Una auténtica terapia de choque se conduce a través de "las pesadillas" del cine realista y abstracto que se define en la actualidad como "cine de arte". En los festivales cinematográficos recientes, observamos cómo la crítica especializada se inclina a favor de estas desgarradoras confrontaciones con los más aberrantes y arcaico-sofisticados impulsos del "hombre civilizado", aun cuando compitan con muestras del cine evasivo con mayor riqueza simbólica y con un lenguaje cinematográfico más ágil y expresivo. Al acudir a formas extremas que impactan con violencia al inconsciente, sin señalar cauces para una identificación clara asumible por el público medio, este cine-pesadilla refuerza en ocasiones la negación de la realidad que presenta como realidad compartida por el espectador; se plantea entonces en parte como denunciante de una realidad soterrada y en parte como sutil cómplice que permite evadirla colocándola siempre afuera, en el exterior observable que no compromete la intimidad del observador.

Si el hombre confronta con su técnica realidades cada vez más complejas y resuelve problemas físicos y sociales de creciente magnitud y dificultad, desarrolla también al mismo tiempo y como reacción complicados mecanismos de evasión a través de las fantasías colectivas. Esta capacidad cultural es quizá lo que no han tomado en cuenta etólogos como Desmond Morris que anuncian la desorganización del hombre por el desfase progresivo entre su cultura y su biología. Faltaría inves-

tigar si esta cultura no deviene en biología dentro de la dialéctica a través de la cual la ontogénesis (proceso que va de la fecundación a la realización plena del individuo) interactúa una y otra vez con la filogénesis (historia del desenvolvimiento de la especie).

Como todo sueño que traduce a un estado preconsciente una dinámica reprimida durante la vigilia organizada, las ensoñaciones colectivas tienen su propia censura. Desde los códigos que limitan la presentación en imágenes de ciertas situaciones eróticas y políticas concretas, hasta la prohibición de exhibir ciertos filmes, pasando por los cortes de partes de una cinta, la censura cultural, política y comercial cuida que el sueño de la colectividad no se convierta en intranquila exigencia de realidades distintas. Y es que la dialéctica entre fantasía y realidad hace que los sueños colectivos refuercen y difundan las débiles y tentativas ensoñaciones del individuo aislado. Una joven puede dudar de realizar en la práctica con uno o varios novios el acto sexual y la cultura cinematográfica puede impulsarla a la decisión —así sea bajo un mero principio de actuación—

por la confianza de conducirse dentro de un denominador común.

Muchos de los ensayos socioculturales que transforman con base en tentativos y desorganizados balbuceos la moral social, encuentran su base en la predisposición al cambio dentro de la familia y su refuerzo en las ensoñaciones colectivas que permiten la seguridad de una vivencia compartida, de un impulso confesable; de nuevo en la cultura de masa se observa la dialéctica entre el proyecto teórico y la praxis social.

El lenguaje de las imágenes impone su objetividad más allá de la artificiosa red de las palabras; seduce al recuerdo presente y activo, aunque reprimido, de la unidad del mundo contemplada en la simbología pre-verbal. En la aventura de la fantasía colectiva los contemporáneos recuperan la identidad original entre participación comunitaria e íntima vivencia personal. No es de extrañar pues que la familia, la sociedad y el Estado den una importancia creciente, escandalizada y seducida a la vez, a los maliciosos canales que envían en fluido continuo sus ingenuos mensajes de ensoñación.